

## Hacia un nuevo sentido de lo sagrado, y la crisis religiosa de la juventud

**E. Miret Magdalena**

Escritor y Presidente Asociación Teólogos Juan XXIII

*La unión y confusión entre religión y política desaparece en la edad Contemporánea. Lo consagra nuestra Constitución de 1978. Este cambio lo produce el fenómeno de la secularización. Si embargo no desaparece el sentimiento religioso, que se manifiesta en seis aspectos básicos. Si bien baja la práctica religiosa de nuestra religión tradicional, un apartamiento de la religión católica en España y de las cristianas tradicionales en Occidente. Permanece un núcleo grande de católicos pro costumbre, y pequeños grupos juveniles, o conservadores o progresistas. La palabra "sagrado" cambia: se transfiere de lo únicamente religioso a una entrega absoluta a la labor científica, artística, literaria, ética, social profana o social religiosa. Y se separa demasiado legalista, exteriorista, o doctrinaria, y se flexibiliza en lo moral. Aumenta el sentido poético religioso como en Oriente. El orientalismo atrae a la juventud; y aparece un nuevo Dios más vital, más cósmico, más difuso, como piensan muchos científicos que lo ven más como un impulso creador sin más calificaciones.*

**Palabras clave:** Juventud, religiosidad, agnosticismo, secularización, sagrado, Dios, filosofías orientales.

**S**in duda existe actualmente una gran crisis religiosa en los países de Occidente; porque nunca ha habido un mayor abandono y una mayor crítica interna de las religiones tradicionales, y especialmente de la mayoritaria: la cristiana, incluso en los países católicos que han tenido a gala llamarse así, como la católica España. Sus Reyes, en su más importante siglo, el Siglo de Oro, tomaron el nombre de Reyes Católicos; y la cristianísima Francia, como se denominó a sí misma, fue llamada la elegida de la Iglesia, y en la cual el Rey Enrique IV, que era protestante, abjuró para hacerse católico diciendo: "París bien vale una misa". No se olvide que durante siglos religión y política estaban mezcladas, lo mismo entonces que después, y hasta nuestro siglo XX; y lo mismo en la católica España que en la luterana Suecia y en la anglicana Inglaterra se exigía que sus reyes profesasen la religión del país.

En Europa se había establecido en la Edad Media la Inquisición para luchar, incluso cruentamente, contra las herejías; y se crearon Órdenes Religiosos para ir contra ellas sin contemplaciones, como ocurrió con los frailes creados por el español Santo Domingo de Guzmán, que persiguió a los inocentes e idealistas albigenses en Francia. Por eso se llamaron

"dominicos", que algunos le han dado la significación de "domini canis", o perros del Señor, por su dureza en la persecución que emprendieron. En España, en cambio, los Reyes dieron un ejemplo único en la Europa medieval, viviendo la tolerancia y llamándose sus monarcas, "Reyes de las tres Religiones", que eran las que se vivían entre nosotros: la católica, la judía y la islámica, y convivían nuestros habitantes la mayor parte del tiempo pacíficamente, como confesaba asombrado un viajero egipcio -Ben Xahin- que recorrió España en el siglo XV. La famosa Reconquista, dice en el siglo XIV el Infante don Juan Manuel en su Libro de los Estados, que la lucha solo se producía cuando les arrebatan "los moros" las tierras, pero no por causa de religión. Pero cuando se suprime, al final de la Edad Media, en Europa la Inquisición, en España la implantaron y desarrollaron los reyes Isabel y Fernando, para combatir a los islámicos y judíos; y dejan significativamente de llamarse Reyes de las Tres Religiones -como hacían antes- para ser los "Reyes Católicos". Cambio trascendental en las relaciones religiosas que hay en nuestro país, y que han perdurado hasta nuestros días. Sólo ahora tenemos promulgada una Constitución estableciendo la libertad religiosa, como uno de

nuestros derechos fundamentales votada, y luego proclamada oficialmente por el Rey el 27 de diciembre de 1978. Antes de ella lo más que hubo fue la tolerancia; pero no en todas las Constituciones, sino solamente en algunas de las Cartas Magnas de estos dos siglos XIX y XX. En casi todas, en cambio, se establece la intolerancia más radical, como en la primera de todas ellas, la de 1912, llamada la Constitución liberal de Cádiz, que dio ejemplo de la más absoluta intolerancia religiosa, pues llegó a proclamar en su artículo 12, que "La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege con leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra". Y en su artículo 366 se remacha esta idea exigiendo que "En todos los pueblos de la Monarquía se establecerán escuelas de primeras letras, en las que se enseñará a los niños a leer, a escribir y contar, y el catecismo de la religión católica, que comprenderá también una breve exposición de las obligaciones civiles". Como vemos sigue la mezcla político-religiosa en la época que en otros países se inaugura una libertad civil y religiosa. Es una contradicción que fuésemos abiertos siglos antes adelantándonos a Europa, y luego fuésemos para atrás. Porque salvo en la España medieval nunca hubo tolerancia religiosa en ningún otro país europeo, y nosotros la hemos recuperado sólo en la época contemporánea: esa es la contradicción. Esta intolerancia oficial de principios del siglo XIX, casaba mal con el artículo 6 de la Constitución citada, que decía: "el amor a la Patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles y, asimismo, el ser justos y benéficos". Buena manera de entender el ser "justos y benéficos" con todos, cuando no se respetaban sus ideas más íntimas, las religiosas. Sin embargo, ese panorama ha cambiado hoy radicalmente, tenemos una nueva Constitución proclamando la libertad religiosa porque la sociedad lo pide. Y las estadísticas recientes avalan este cambio en el modo de ser de los españoles. En pocos años la identificación religiosa de los habitantes de nuestro país, y especialmente de la juventud, ha dado un giro de 180 grados. Recordemos algunas cifras de los estudios de los mejores sociólogos que se recogen en: "La religiosidad de los jóvenes:

nuevas formas de espiritualidad", dirigido por el profesor Andrés Canteras, y publicado por el Instituto de la Juventud recientemente.

En el año 1967 el 77% de la población juvenil española se declaraba católico practicante, y solamente un 3% era indiferente o no creyente. En 1975 se da un vuelco a estas cifras, y se averigua que solamente el 32% son católicos practicantes, menos de la mitad de hacia 8 años. Y en 1996 se declaran católicos practicantes únicamente el 19% de los jóvenes, no practicantes el 54%, y los no-creyentes o indiferentes aumentan considerablemente, ya que llegan al 23%.

Lo que no se puede negar es, sin embargo, que hay algo que dice relación con lo religioso y que no desaparece, aunque esté a veces muy tergiversado. Es verdad una vez más que el ser humano en general cree en Dios o en un ídolo, como observaba el filósofo alemán Max Scheler hace pocos años en "De lo eterno en el hombre", (ed. *Revista de Occidente*). Y lo mismo señaló ya hace siglos el poeta Homero: "Todo hombre tiene necesidad de dioses". Junto a estos datos, también se va haciendo paso la realidad de lo que decía el famoso místico sufi, que sostenía hace siglos "para el orden del mundo más vale la justicia sin religión que la tiranía del devoto": es la secularización que ha irrumpido en el mundo occidental.

Esos son los datos de la compleja crisis religiosa que hoy vivimos, como reacción a la religión que se nos impuso como dominio tiránico. Legalismo exteriorista, dogmatismo intransigente y obediencia ciega a los dictados del clero, que se nos imponía. Clero que suponía un porcentaje elevadísimo de nuestra población en la Edad Moderna, según calcula el historiador Jover. Vemos así tres reacciones básicas: 1) la disminución de prácticas y convicciones religiosas; 2) la aceptación de un nuevo campo pseudo-religioso, que podríamos llamar para-religioso; 3) el abandono de la religión, sin sustitutivo pseudo-religioso o cambio de religión, que sería manifestación de haber entrado en la laicidad y el laicismo, causados por el fenómeno de la secularización creciente en Occidente. A ello añadiríamos igualmente otras tres características; 4) el atractivo juvenil de las filosofías y espiritualidades orientales, más o menos tergiversadas entre nosotros; 5) la entrada de

nuevas religiones sin tradición en Europa, como la Nueva Era, los Moon, los Mormones, la Teosofía y su variante la Antroposofía, o los Rosacruces, y otros movimientos esotéricos antiguos hoy renovados; y, por último: 6) el fenómeno religioso integrista de carácter sectario, en el sentido sociológico del término; y dentro de este fenómeno el desarrollo de otros grupos religioso-políticos peligrosos, de carácter ultraconservador y a veces violento.

En España los protestantes, como variante cristiana, son una religión evangélica insignificante que, por mucho que digan ellos, no pasarán de 30.000, divididos en seis grupos principales y sumando los extranjeros que se afincan en nuestro país como jubilados. En tiempo de Franco, que es cuando más auge tuvieron porque poseían un ideal claro por el que luchar, concretamente en 1966 una experta socióloga portorriqueña, Carmen Lizarray, descubrió eso mismo en su excelente trabajo "The Thirty Thousand: Modern Spain and Protestantism", publicado en Estados Unidos, porque en España estaba prohibida su difusión. En cambio el grupo de Testigos de Jehová, que son cristianos, por mucho que no los consideren así los protestantes tradicionales, son casi 100.000, habiendo calado en gente sencilla, como lo han hecho en los suburbios de las grandes ciudades también los carismáticos cristianos de distinto tipo, que poseen incluso alguna Televisión propia, conseguida con dinero americano, y difundidos preferentemente entre los gitanos. Ambos tienen más importancia numérica que los protestantes tradicionales agrupados en la FERED.

En el mundo católico se han abierto camino pequeños grupos, unos conservadores como el Opus Dei, los Catecumenales, Comunión y Liberación, Legionarios de Cristo, los Focolares; y otros, en cambio, progresistas, como las Comunidades Cristianas de Base o la Iglesia Popular. Pero el núcleo más importante en España sigue siendo el de los católicos tradicionales, que van a Misa los días festivos en las numerosas parroquias del país; y además los que por costumbre se casan por la Iglesia y bautizan a sus hijos, pero que se preocupan poco de su religión, y rehúyen para sus familiares los últimos sacramentos, cuando mueren éstos; aunque, eso sí, tienen buen cuidado de seguir la costumbre social del entierro católico y de los funerales.

Es interesante saber que esa tendencia a lo trascendental perdura en la juventud, bajo el signo que sea. Por ejemplo, se practica en ella una cierta oración, ya que la mitad de los jóvenes aproximadamente confiesan rezar en ocasiones de un modo u otro, y además una minoría lo hacen al modo oriental, sea zen o yóguico, desconociendo que en los primeros siglos cristianos se meditaba contemplativamente, como los orientales hacen hoy. Y la propagan como una novedad los grupos orientalistas en Occidente, desconociendo que en tiempo de Santa Teresa de Jesús su mentor espiritual, el franciscano Fray Francisco de Osuna, explicaba el método de los mantras hindúes en su "Tercer Abecedario Espiritual", que es lo que hacían hace siglos los cristianos orientales llamados hesicastas. Y el método zen es el desarrollado por San Gregorio del Sinaí en el siglo XIII, que fue el que seguían muchos cristianos de Oriente, griegos o los que habitaban en el Oriente Medio, y en España los llamados "alumbrados" la practicaban como describe Juan de Cazalla en su libro "Lumbre del alma" en el siglo XVI.

Ante todos estos datos debemos aclarar la idea básica de lo sagrado; y después analizar a continuación la esencia de la religión, como derivada de lo sagrado, para comprender esa realidad en la nueva forma espiritual que se desarrolla en Occidente, y por supuesto en nuestro país, pero principalmente en la juventud o en medios cultos intelectuales.

El gran investigador de las religiones, el rumano exiliado Mircea Eliade, descubre que la característica del ser humano es "ser simbólico"; se podría definir a éste como un "homo symbolicus", y no sólo como se hizo desde Aristóteles, considerándole sólo como un animal racional. Además la diferencia entre el hombre y el animal es que el animal todo lo más usa signos para indicar cosas presentes a él; pero el hombre y la mujer los usan más a fondo, porque lo hacen para representarlas, sin que haya ningún objeto presente, cosa que el animal no hace. La filósofa Suzanne K. Langer, gran especialista en este tema, lo analiza en su libro "Nueva Clave de la Filosofía", (Ed. SUR, B. Aires, 1958), lo mismo que los pensadores siguientes: el pedagogo americano Dewey, el filósofo inglés Russell y el francés Brunsvic, o el psicólogo suizo Piaget, el pensador alemán Cassirer, el filósofo analítico austríaco

Carnap, y el más profundo de todos, considerado por muchos el filósofo más importante del siglo xx, Alfred North Whitehead, que supo unir filosofía y ciencia como ningún otro.

Lo sagrado hay que decir entonces que es una experiencia relativa a una gran "alteridad", según piensa con razón Rudolf Otto en su libro clásico "Lo Santo" (ed. *Revista de Occidente*), y corrobora ahora el español Eugenio Trías, en su "Diccionario del Espíritu", (ed. Planeta, 1996). Es una experiencia que trasciende nuestros límites, y que tiene algo de absoluto manifestado en nuestras vidas, como señala el filósofo y matemático francés Edouard Le Roy, profesor en su país de la más alta instancia académica, el Collège de France. Esto lo analiza en la obra última, que recoge sus trabajos finales de investigación intelectual que llamó: "Essai d'une Philosophie Première", (ed. Presses Universitaires de France, 1956). Y enseña que "muy pocos seres humanos hay que no se den cuenta de que hay valores infinitos, u obligaciones absolutas", por eso "la repugnancia hacia formas de religión organizada o tradicional, no es por sí misma prueba de irreligión". Esta experiencia de lo sagrado se da además a conocer en "la conciencia, la belleza, el amor y la lealtad".

El sociólogo de la religión N. Micklem sostiene con acierto que "lo sagrado puede definirse como aquello a que se atribuye un valor infinito, o una obligación incondicional", y "el concepto de sagrado es más amplio que el de religión", pues se aplica a otros campos, ("La religión", ed.F.C.E. México). De ahí que "la búsqueda desinteresada de la verdad, la ética, el arte, o la religión, tienen por igual su origen en este sentido de lo sagrado. El marxista ateo que da su vida en aras del ideal altruista de la sociedad sin clases; el hombre de ciencia que prefiere sufrir persecución o martirio antes que profanar la verdad; el artista menesteroso que prefiere morir de hambre con tal de no faltar al servicio de la belleza no son, en un sentido estricto, hombres religiosos, pero todos son ejemplo de ese sentido humano de lo sagrado, que es también el distintivo de la religión. En los niveles más primitivos de la vida humana la religión, el arte y la ética no pueden distinguirse", (idem).

Hay que concluir, por lo tanto, que "la religión no es auténtica si no se descubre en los momentos de la vida que tienen algo de absoluto", dice el

mayor especialista contemporáneo de la psicología religiosa, el profesor americano William James, ("The Varieties of Religious Experience: A study in human nature", Collins, Great Britain, edición que reproduce en 1960 la primera edición de 1902).

Además el mito, que es un lenguaje propio sólo de los hombres, y que no se puede exponer abstractamente, está presente en todas las culturas y consiste en que "descubre las diversas y a veces dramáticas irrupciones de lo sagrado", (M.Eliade. "Mito y realidad", ed.Guadarrama, 1973). Y el rito, que tanto usa la religión, se pregunta uno, ¿qué es?: y hay que contestar que es "el mito en acción" (idem).

Según el psicólogo C.G.Jung, estos mitos culturales los llevamos inscritos en lo más profundo de nuestro inconsciente, que él llama "inconsciente colectivo"; que está formado por unos "arquetipos" siempre los mismos, sea cual sea nuestro mundo cultural. Para darnos cuenta de lo que es esto, un excelente psicoanalista, Bruno Bettelheim, ha escrito un interesante libro sobre "El psicoanálisis de los Cuentos de Hadas" (Ed.Crítica, Barcelona), demostrando la constancia de estos cuentos, que en realidad aportan los mitos populares y su mensaje moral, presentes y repetidos en todas las culturas. Y analiza el bien que proporcionan a los niños su lectura, porque producen un efecto catártico positivo, descargando sus violencias y maldades -que todos llevamos en nuestro inconsciente ocultas-, y lo hacen de una forma inocua. Y hacen de este modo al niño menos violento y más cooperativo. También descubre ésto el trabajo del psicoterapeuta Anthony Storr, comprobando, desde otro punto de vista, lo mismo que Bettelheim respecto a la lectura de "mitos y cuentos de hadas" fomentándola en la educación del niño, por la necesidad que tienen de descargar inocentemente esa agresividad que todos llevamos dentro, ("La agresividad humana", ed. Alianza).

La cultura actual tan prosaica, llena de números solamente, porque terminamos por no ser más que un número en un ordenador que nos controla, nos deshumaniza y no puede satisfacernos. Llevamos, sin embargo, dentro un germen que nos eleva, y una cualidad que nos hace percibir lo invisible tras lo visible; cualidad que todavía es una

característica del niño que luego la pierde en gran parte, o queda oculta por causa de la vida tan exteriorista que hoy se lleva; vida en la que sólo priva la especulación, el egoísmo, el éxito y el placer inmediato caiga quien caiga.

Esa facultad del niño es la raíz tan humana que se manifiesta en la poesía y en la religión; pero que, dado el ambiente actual, tiene dificultad para desarrollarse después cuando aumentan los años. Sin embargo no hay que olvidar que "la poesía es necesaria al hombre", como decía un pensador nada sospechoso, el crítico de la religión Voltaire. Y hemos de redescubrir que "la religión es poesía en la cual se cree", (R.Niebur). Porque nuestro filósofo anglo-español, de origen abulense, George Santayana, observaba, a pesar de ser agnóstico, que "la religión y la poesía son idénticas en su esencia; sólo difieren en que la poesía se llama religión cuando interviene en la vida". Ese es el atractivo de Oriente.

Tendríamos que quejarnos amargamente, por eso, de que la religión que en España se nos ha enseñado es, por lo regular, una religión muy diferente a la que pone en el centro de su enseñanza la idea de que "Dios es bello", como escribió nuestro clásico Padre Nieremberg en el siglo XVII, en su libro "La hermosura de Dios". ¡Qué aburrida y qué triste era la religión de los catecismos y de los pesados libros de teología de hace unos años!

La lástima es que olvida nuestro mundo actual, religioso y no religioso, que lo que salvará al mundo es precisamente el camino de la belleza, como señaló el gran literato Dostoiewsky; y antes suyo el gran poeta Schiller, después de la desilusión que le produjo, a este último, la forma violenta como se realizó la Revolución francesa, que él había fomentado. Es el ejemplo alegre que se retrata en el perseguido pueblo judío, a pesar de estar aherrojado y violentado en Ucrania por los cosacos, como se describe en la bella película "El violinista en el tejado". Es la suya la religión optimista que describió Lutero, diciendo que por fin "todas las criaturas conocerán el placer, el amor y la alegría, y reirán contigo y tú con ellos, incluso corporalmente".

El género humano no se puede vivir sólo por la razón, sino por "el arte y la razón" unidos, decía el gran místico medieval Maestro Eckhart, que supo juntar en su vida la mayor actividad y la

contemplación serena, que hoy tenemos que volver a aprender en esta vida acelerada que nos envuelve.

Por eso no es extraño el anhelo, más o menos oculto, que se descubre en la juventud, insatisfecha por el mundo que hemos creado los mayores, lo mismo seamos religiosos que no-religiosos. Seguramente los jóvenes y las jóvenes, se encuentran más cerca del Dios auténtico que no saben como definirlo, y están limpiándose inconscientemente de las falsas imágenes que de Él hemos dado los mayores. El más profundo teólogo del siglo XX, el suizo Hans Urs von Balthasar, observó que "el hecho de que la idea de Dios se vaya haciendo menos visible, puede ser sólo un síntoma de que está creciendo entre los hombres el valor de la adecuada concepción de Dios". Por eso cuando "el hombre tiende a algo que le sobrepasa, cuando un ideal se le impone, cuando tiende a un absoluto al que se sacrifica, ¿no es ésta una manera de homenajear al Dios desconocido?. Este hombre sigue la inclinación de su ser, y obra por el Bien, que es precisamente Dios, aunque ignora su verdadero nombre", (Abbé Joly, "Qu'est-ce que croire?", ed. Fayard, París). No nos olvidemos de lo que repite este teólogo francés: "todos aquellos que hacen de sí mismos el centro de su vida, son de los sin-Dios, aunque vayan a Misa; y todos los que se subordinan a un Ideal, a un Bien, están al lado de los creyentes, aunque estén inscritos en la Liga de los sin-Dios". Pero la desgracia nuestra es que sigue siendo verdad lo que dijo el filósofo clásico Jenófanes, cuando afirmó que "los hombres han creado dioses a su imagen"; y, por tanto, han tergiversado la religión convirtiéndola en una superstición. Es la invasión actual de astrólogos, videntes y echadoras de cartas, que casi copan el campo religioso anterior, porque estamos viviendo el "retorno de los brujos", después de haber abandonado la religión del Evangelio, la más convincente en nuestro mundo occidental, creyéndonos equivocadamente indiferentes o agnósticos. Si vemos los concursos de la Televisión quedaremos sorprendidos al comprobar que la gente joven acude, a esos desafíos más o menos intelectuales, provistos de algún amuleto, y no tienen inconveniente en confesar que confían en él para acertar en las contestaciones que han de dar. Se ha averiguado, por ejemplo, que en

Europa, lo mismo que en Norteamérica, el número de astrólogos que están registrados oficialmente son tres veces mas que el conjunto de todos los químicos y físicos que hay allí. Y, en la anticlerical Francia, el número de pitonisas, para averiguar la suerte, suman 50.000 nada menos. Y en Estados Unidos existen mas de 175.000 astrólogos. En Madrid, la capital de España, hay igual número de magos inscritos que curas, en total unos 3.000 de cada uno.

En esa anti-clerical Francia, que tanto desarrolló esta postura en el siglo XIX criticando las prácticas religiosas, cayeron en la superstición algunos de sus representantes intelectuales más famosos, como los novelistas: Balzac, los dos Alejandro Dumas, padre e hijo, y el Zola del sarcasmo contra las revelaciones de Lourdes cayendo en lo mímico que criticó. Fueron supersticiosos el cruel anti-judío, el dictador mas violento de la historia, el alemán Adolf Hitler, que arrastró a la nación alemana en su locura; y no eran pocos en aquellos tiempos los filósofos contrarios a la religión como Hobbes, Diderot, y D'Alambert que cayeron en la superchería también.

En la encuesta de 1994 sobre la juventud española, publicada por la Fundación Santa María, se calcula que el 42% de ella cree que puede haber algo de verdadero en horóscopos y en las premoniciones de los astrólogos; el 33% afirma lo mismo sobre las echadoras de cartas, las rayas de la mano, o el tarot. Y una cifra parecida de jóvenes creen a pies juntillas en los curanderos. Y, por si fuera poco, el 25% creen en la comunicación con el más allá de los espiritistas. En cambio no tienen por lo general buena opinión de las sectas, como los Moon, los Hare Krishna o la Cienciología; porque piensan que tienen mucho de fantasía, e incluso que pueden ser puro negocio.

Habría que preguntarse entonces cual será el porvenir de la religión en el mundo.

En Oriente, lo mismo que en el mundo islámico, no hay síntomas de disminución de la religión y de su práctica ni siquiera en la gente joven del mundo universitario. No hay más que recordar la peregrinación anual a la Meca, a la que acuden millones de creyentes enfervorizados; o en estos días los 70 millones de peregrinos que van a purificarse espiritualmente, en los días de comienzo del nuevo milenio, en las sucias aguas del Ganges.

Y entre nosotros se demuestra algo parecido, aunque en mucha menor cantidad. Son los dos millones de jóvenes que celebraron con el Papa su Día mundial de la Juventud, o los 80.000 chicos y chicas europeos reunidos por el monje de Taizé, Frère Roger, en Barcelona durante cuatro días de este fin de siglo, para rezar y meditar. Pero –y ese es el sentido crítico que tienen aquí los jóvenes a diferencia de Oriente- muchos de ellos confesaron que no estaban de acuerdo con algunas ideas del Papa, aunque se sentían a gusto celebrando estas jornadas de espiritualidad.

Todo ello revela que nuestro mundo occidental sigue un camino religioso distinto del oriental. En el nuestro disminuye la religión al estilo tradicional, pero conserva una inclinación hacia algo de trascendental; y, en cambio, el oriental aumenta o sigue boyante con sus prácticas tradicionales. Occidente, y España no es una excepción, parece que va camino de pequeños grupos religiosos o espirituales. Y la religión tradicional necesita renovarse, porque si no el agnosticismo y la indiferencia son cada vez mayores, puesto que ya en el mundo hay más agnósticos o indiferentes que católicos que es, sin embargo, la religión que junto con el Islam, está más extendida. Renovación mirando al budismo que tanto atrae a los jóvenes.

La situación es de diáspora, de "pequeña grey" como decía el Evangelio que serían los verdaderos seguidores de Jesús; no masas, sino pequeños grupos, o discípulos a modo de solitarios seguidores pacíficos de la fe, que la viven personalmente más que en grupo compacto. Y aceptarán un Dios que no será el definido en la teología, sino el que la mayoría de los grandes científicos actuales aceptan, como resultado de los retos intelectuales de la ciencia contemporánea. Será un Dios cósmico, como pide el premio Nobel Eddington; un impulso creador –un "élan vital"– como lo ve el filósofo Bergson; o el acogimiento universal del genio del siglo XX Albert Einstein; y el englobante de toda realidad del psiquiatra y filósofo Jaspers; o el principio integrador de todo, proclamado por Whitehead; o también el Geómetra del astrofísico James Jeans. Y la religión volverá a ser "algo que conduce por encima de las realidades de la vida material", como dice el pionero antropólogo de la religión Max Müller.

Se hará poco a poco ese mundo sin excomulgados que pedía el poeta Neruda, “un mundo en que los seres humanos sean solamente humanos, sin más título que éste, sin darse en la cabeza con una regla, con una palabra o con una etiqueta”. Volveremos al anhelo del místico sufí, el murciano Ben Arabí, porque se superará “el tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo si su religión no era como la mía”. Y se cumplirá el deseo del más grande místico musulmán y mártir, Al-Hallaj, que lo resumía así: “existe un Principio único con muchas ramificaciones; y, por eso, no pidas que un hombre se encierre completamente en una denominación confesional”. Es la convicción de los libros sagrados hindúes, los Vedas, donde se dice “la Realidad es única, pero los sabios le dan distintos nombres”. Y en los Upanishads se enseñaba que “los sabios lo llaman el Indefinible”, lo mismo que pensó después San Agustín. Es la experiencia que tuvo Unamuno, como cuenta en su Diario íntimo: “con la razón buscaba un Dios racional, que iba desvaneciéndose por ser pura idea, y así paraba en el Dios Nada, raíz de todo sentimiento de vacío. Y no sentía al Dios vivo que habita en nosotros, y que se nos revela por actos de caridad”. “El absoluto es objeto de una acuciante nostalgia, aunque no podamos decir nada de Él”, (Horkheimer). “Dios –decía Machado- no es el mar, está en el mar: riela/ como luna en el agua, o aparece/ como una blanca vela”. Dios es entonces “el Sí que reside en lo más íntimo de todos los seres”, según la Bhagavad Gita. Oriente puede renovar nuestra aviejada religión. Y la doctrina religiosa se resumirá en unos dogmas que tendrán muy poco de dogmáticos, porque serán “una interpretación simbólica siempre inadecuada y reformable” (Ritschl). Por eso tiene razón Antonio Machado cuando termina su poesía sobre la religión que tenía: “así voy yo siempre buscando a Dios entre la niebla”. Todo ello se resume en la confesión del novelista católico Graham Greene que cuenta su experiencia religiosa negativa de este modo: “nos pedían creer en innumerables cosas, y entonces creíamos cada vez menos”. Una sola cosa es necesaria: vivir lo invisible latente en lo visible, porque de Dios no podemos decir lo que es, sino sólo lo que no es, la tradición oriental. Es el “neti, neti” (no es eso, no es eso) de los Upanishads. Lo tenemos que llamar

“nada”, según los místicos, porque “Él no es nada de lo que los seres creados puedan concebir o designar, y no que Él sea en absoluto nada”, enseñó el filósofo que llegó a Presidente de la India, Radakrishnan, porque hasta la política no puede allí prescindir del espíritu, como descubrió siglos antes de Jesucristo el más grande Emperador de la India, el budista Asoka, que transformó el país renovándolo socialmente. Y en su línea lo ha hecho ahora el pacífico revolucionario Gandhi, que cambió la política sumisa a Inglaterra de su país, consiguiéndolo sin terrorismo ni violencia alguna.